

Algo Sobre Poesía

No pretendemos dar aquí una definición literaria ni aun hacer una descripción de la poesía señalando sus diferencias; sino hacer algunas observaciones relativas a su valor intelectual, moral y social.

El criterio de lo intelectual es la verdad, el criterio de lo moral es la virtud, el criterio de lo social es el bien inseparable de la justicia. Todo lo que pueda estar en contradicción con este triple elemento no puede ser bueno. Luego la poesía para ser buena debe ser conforme a la verdad, a la virtud y al bien.

En defecto de la verdad está la verosimilitud; y lo está como un suplemento, como una representación de ella, como una condición indispensable, porque de otra suerte no merecería sino la burla y el desprecio. De aquí se infiere que no debe confundirse una ficción artística con una mentira o impostura: la ficción artística es un retrato, es una copia de la verdad.

Mas existiendo la verdad absoluta, ¿por qué apelar a la verdad relativa? ¿por qué reducirse a la simple verosimilitud? ¿por qué dar tal ensanche a la ficción, hasta el extremo de venir a formar con ella el fondo de la novela y de la poesía?

Si nos es permitido añadir nuestras propias reflexiones a las del célebre Bacon, diremos que la verdad absoluta, tal como el hombre la conoce, se halla muy reducida: en la historia, es la expresión de los sucesos reales que ha venido dejando en su tránsito por los siglos toda la humanidad; en filosofía, es la expresión de las relaciones bien comprendidas y de las deducciones exactas que se sacan de los hechos. Mas estas dos fuentes,

que vienen a formar el caudal de ciencia humana, se agotan a cada paso para la fantasía y el corazón. El alma, tan limitada en su realidad como indefinida en el horizonte que la verdad eterna pone en su pensamiento, a su imaginación y a su voluntad, trabaja sin cesar por engolfarse en ese mundo desconocido, gusta de perderse en esa verdad insondable, quiere retirar los límites de lo que comprende; y no satisfecha con este mundo real que habita en el tiempo, ni pudiendo durante él disfrutar del mundo que debe habitar después, y al que tiende sin cesar con todo el poder de sus instintos, fabrica nuevos mundos, queriendo así fecundar la realidad existente, produce la realidad posible, aproximase a la realidad eterna. Las ficciones del poeta son menos una simple fábula, que un bosquejo, una representación, un remedo desconocido que siente y no ve, que columbra y no recorre, a que aspira y no goza.

Si nos tomásemos aquí el trabajo de analizar la poesía en sus diferentes épocas históricas, creemos que sacaríamos una consecuencia lógica en favor del concepto que precede; pues llegando a colocar todas las ficciones en el crisol de la crítica, obtendríamos al fin el oro purísimo de la verdad absoluta. La misma mitología pagana, que para la razón católica y la buena crítica es el colmo de los absurdos; esa mitología que suministró a los más esclarecidos genios de la antigüedad poética el fondo de su epopeya, de su drama y de toda su poesía, no viene a ser en sustancia, sino el reflejo pálido o confuso de la verdad religiosa sobre el mundo real al impulso de la inspiración y bajo la mirada del genio.

La verosimilitud, pues, no viene a ser sustancialmente sino aquel medio con que el alma se proporciona ideas, imágenes y sentimientos a que nunca puede alcanzar reduciéndose a lo que puede comprender de la verdad absoluta. Por lo mismo la ficción poética es la verdad absoluta ya transformada en imagen, recibiendo vida, movimiento y acción, ya fecundándose en un mundo fantástico de bellas semejanzas, o apareciendo bajo emblemas o alegorías, para penetrar en el alma sin ser sentida; es el medio de mostrar su parte maravillosa y oculta, por la que instintivamente suspira nuestro ser moral, y a donde no puede alcanzar con el simple recurso de los sentidos y de la lógica.

Mas estos esmeros de la poesía para suplir a la verdad, tienen un objeto, no diremos análogo, sino perfectamente idéntico con la verdad misma, tienen por objeto la virtud. Entraña ésta como aquéllos lo infinito y lo finito, resume en sí lo que puede la naturaleza y lo que puede la comunicación de un poder divino al hombre. Cuando la virtud asoma su bella frente, inspira desde luego el más tierno interés, conquista las simpatías, engendra los deseos de ser imitada, y cuando menos crea un pueblo de admiradores, y opone contra el dominio de los vicios todo el irresistible poder de sus encantos.

El poeta, que desdeña reducirse a la simple narración de lo que sucede y no se contenta con penetrar en el torbellino de las pasiones agitadas para lanzar sobre ellas el rayo de la elocuencia, elige otros medios, busca en el mundo ideal esos *dechados perfectísimos que no tienen tipo, pero son el tipo de la realidad misma: no retrata, no describe lo que existe o pasa, sino más*

bien fianquea la entrada de los admiradores a los íntimos retratos del genio, donde aparecen con todo su esplendor y bajo sus más bellas formas los atributos excelso de la virtud.

Pinta el poeta el vicio también, mas, no para llenar de tropezos la carrera de la vida moral haciendo piedras de escándalo en todos sus senderos; sino para retraerlo por el horror, no diciendo más que lo necesario y haciendo que en todo y por todo sobrepuje y venza la acción restauradora de la moral. La buena poesía no finge nunca en materia de vicios, no fecunda jamás el pestilente fango en que se revuelven las miserias de la humanidad: *nunca es más delicado su pincel que cuando se empaña en esa tinta negra: se diría que toma de ello lo necesario para que desaparezca entre el fuego del odio que excita en el corazón de los oyentes y lectores. Si es una tarea nobilísima, un empeño digno de la humanidad y del genio dilatar con bellas ficciones los horizontes de la virtud; nada puede compararse a la indignación que producen esos ingenios sin moral y sin fe para quienes el manantial de las virtudes está agotado, pero no el de sus aspiraciones a la celebridad y aun al dinero; y por esto volviendo la espalda a la buena poesía, se empeñan frenéticamente en conmovi con las pinturas de inauditos crímenes, fecundan la triste posibilidad que ellos tienen, y calumnian a la humanidad para divertirla. De aquí se infiere que la poesía debe tender a la virtud como al centro de gravedad tienden los cuerpos; y por lo mismo, que *sin esta propensión lejos de ser buena, será siempre a todas luces perniciososa.**

Como el poeta se apodera de todos los elementos morales del hombre, su influjo en la sociedad es un hecho de la más forzosa consecuencia. Bajo el artificio de personajes fingidos, de sucesos inventados y de pasiones supuestas, los poetas han tenido y tienen el deber imprescriptible de mejorar al

hombre, de aleccionar, pulir y moralizar la sociedad. Si pintan la naturaleza física, intentan luego ponerla en contacto con el mundo moral y convertirla en un agente poderoso de virtud; quieren sorprender las relaciones misteriosas y sublimes, y hacen que la imagen de la Divinidad aparezca en el fondo del universo reflejando sus rayos purísimos hacia la virtud. Si pintan las pasiones, es para debilitar su poder haciéndonos temblar a la vista de sus estragos, es para hacerlas espirar a los pies de la virtud. La poesía épica no lleva el nombre de heroica, sino porque tiene a su cargo pintar a la virtud venciendo todos los obstáculos, triunfando de sus enemigos, tocando *al bien por la perseverancia en la moral.* El hombre moral, así en su condición privada, como en sus relaciones públicas, es el reservatorio donde se fecunda el drama, y es claro que no se fecundará con interés y con gloria, sino tiende a realizar la grande obra de la civilización, de la cultura, etc., para producir el bien positivo de la sociedad humana.

Cuando la poesía reúne los requisitos indicados, sensibiliza la verdad, realza con su bello colorido y anima con la inspiración el cuadro de la vida moral y obra con tal eficacia en el corazón, que despierta y aviva sus más delicados sentimientos. Calcúlese por aquí su maravilloso influjo en la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad, estos tres elementos que son, por decirlo así, el triple poder del genio en todos los ramos que ilustra, en las artes que cultiva, las composiciones que inventa y las concepciones sublimes a que se encumbra.

Sin verdad no hay ilustración propiamente dicha; pero con ella el entendimiento logra su objeto. Mas la verdad abstracta es, como sabe todo el mundo, poco accesible al común de los oyentes o lectores: las ideas parecen escaparse, y la memoria no alcanza fácilmente a radicarlas para tenerlas a disposición del raciocinio. Al contrario

sucede cuando la poesía toma a su cargo la manifestación de la verdad: cada idea es un toque de colorido, cada pensamiento es una imagen, cada composición es un cuadro: su idioma encanta el oído con la armonía; su expresión es rigurosamente musical. De esta suerte todo conspira en favor de la inteligencia, y basta escuchar una bella composición poética, para retener mucho de ella: el interés que inspira y el encanto que produce, son ya de suyo las garantías que puede prestar la atención del lector a la composición del poeta. Por esto desde la antigüedad más lejana la sabiduría solía confiar a la poesía sus oráculos, y la ciencia sus lecciones. *Todas las edades y todas las clases eran tributarias de la verdad por el ministerio de la poesía, que precediendo a la lógica y a la elocuencia, manifiesta ya con sólo esto su noble primacía de influjo y de poder en la grande obra de la civilización.*

Si de la inteligencia común del pueblo procedemos a la inteligencia particular de aquéllos que de intento se dedican al cultivo científico de la literatura, nos persuadiremos más y más de lo que vale la poesía para desarrollar todas las facultades que suponen la buena crítica y el talento de escribir.

No se puede analizar una composición poética sin explotar, digámoslo así, con este sólo hecho un sin número de verdades, sin hacer concurrir a nuestro juicio muchos conocimientos, sin fecundar el talento en la meditación y en las relaciones que el pasaje o la composición sugieren. *Habla el poeta inspirado sin duda por su genio; pero lo que habla tal vez de improviso, es para ocupar largo tiempo los trabajos del literato. Filosofía, ciencias respectivas, filología, crítica, etc., todo viene a reunirse a disposición del talento cuando analiza, para juzgarla, una composición poética. La versificación es lo más sublime que hay en el arte de hablar y escribir: el dialecto del poeta es lo más elevado que tie-*

nen los idiomas, lo más noble, rico, variado, sonoro, melífluo y bello que posee la expresión: su pensamiento interesa por sí mismo a todas las facultades intelectuales, afecta la sensibilidad con la imagen, fija la atención con el interés que inspira, provoca el examen, ejercita la reflexión, muestra la idea fundamental, asocia la palabra, descubre por fin aquel maravilloso artificio con que todo parece combinarse a voluntad del poeta. He aquí por qué estos trabajos analíticos, ejercitando las facultades intelectuales, las desarrolla enriqueciendo la memoria, ejercitando al juicio, facilitando la aplicación del criterio, y abriendo por fin un sendero espacioso y dilata-

do a la marcha de la razón

Es indudable que el influjo que ejerce la poesía sobre el sentimiento, es muy a propósito para disponer a la virtud por la finura de la sensibilidad. Cierzo es que la poesía en sus diferentes clases produce diversos efectos; pero siempre toca en su respectivo grado la noble facultad de sentir. Nada diremos de la poesía lírica, cuyo inagotable material son las pasiones; nada de la poesía dramática, que ya se fecunda con el dolor en la tragedia, ya triunfa en la comedia hiriendo delicadamente el amor propio; nada tampoco de la epopeya, que destinada a la admiración arrastra por consecuencia el entusiasmo y

con éste los más vivos afectos. La misma poesía didáctica no puede dar un paso sino caminando entre la imaginación y el sentimiento. Cuando el poeta se apodera de las lecciones de la filosofía y las verdades de las ciencias, es para darles vida y movimiento; es, digámoslo así, para dibujarlas a la fantasía y hacerlas encarnar en el corazón. Menos pomposa, sublime y atronadora que la epopeya, menos movible que el drama; menos impetuosa y arrebatada que la lírica, triunfa siempre sobre el corazón con el grito embeleso de sus cuadros y las delicadas pulsaciones que deja caer sobre la sensibilidad.

JUAN BERTIS

"La Universidad", marzo 1916



DR. SALVADOR RIVAS VIDES



DR. VICTOR JEREZ